

Filippi, Graciela. (2010). *Tecnología y subjetividad: una mirada desde el mundo del trabajo*. En: Encrucijadas, no. 49. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Oportunidades del teletrabajo

Tecnología y subjetividad: una mirada desde el mundo del trabajo

Por Doctora Graciela Filippi

Prof. Regular de Psicología del Trabajo
Facultad de Psicología
UBA Vicedecana

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación son las responsables de haber cambiado el escenario del trabajo tradicional a nivel global. Dan lugar a la aparición del trabajo a distancia y brindan oportunidades laborales poco exploradas a personas con discapacidad, al eliminar factores de exclusión como barreras urbanísticas, arquitectónicas, de transporte, que dejan de ser relevantes al momento de la contratación. El teletrabajo es la forma de trabajar en esta gran fábrica global que es Internet.

Para abordar el análisis del impacto de la tecnología en la subjetividad laboral, deberíamos comenzar por definir algunos términos. Por ejemplo, Internet, considerada un sistema de redes que actualmente conecta a millones de personas en nuevos espacios.

Su expansión está cambiando nuestra manera de pensar, de vivir, de relacionarnos, los comportamientos de nuestras comunidades, y hasta nuestras propias identidades.

La computadora ha pasado a ser, en estos tiempos, casi nuestro “segundo Yo”. Ofrece nuevos modelos de mente y un medio nuevo donde proyectar ideas y fantasías. Al mejor estilo del ropero de Narnia, es una puerta que hemos atravesado y que nos transportó al mundo Virtual -el ciberespacio- habitado por otras personas de diferentes partes del mundo.

Pero, ¿qué es el ciberespacio? Es un mundo donde podemos hablar, intercambiar ideas, y asumir personajes diferentes según nuestra propia creación. Podemos construir comunidades en las que compartimos con gente de todo el mundo, con los que conversamos todos los días, y hasta les llegamos a contar nuestras cosas más íntimas y nunca los conoceremos físicamente. Sólo basta con que nos detengamos un poco a pensar en lo que sucede en Facebook.

Podemos llegar a decir, incluso, que ese mundo nuevo del ciberespacio tiene su propia cultura: la cultura de la simulación, como la denominó y la describió Sherry Turkle en su libro *La vida en la pantalla* (1997).

La simulación afecta nuestras ideas sobre la mente, el cuerpo, el yo, y la máquina. Si nos detenemos en el tema de la identidad y en su propia construcción, en la cultura de la simulación, la experiencia sobre Internet figura entre los primeros lugares. Esto se debe a que el sujeto está inmerso en un contexto donde las fronteras entre lo real y lo virtual están erosionadas, de la misma manera que entre lo animado y lo inanimado, entre el yo unitario y el múltiple.

Desde ahí es que podemos decir que también surgen cambios muy importantes en la forma en que creamos y experimentamos la identidad. En el ciberespacio se vive en el umbral entre lo real y lo virtual, con un equilibrio inestable, tratando de inventarnos sobre la marcha. En este nuevo mundo, “eres lo que simulas ser”, nuestro cuerpo se representa a través de nuestra propia descripción textual: los obesos pueden ser delgados; los torpes, sofisticados; los bajos, altos; los morochos, rubios.

Podemos decir que este espacio se puede llegar a concebir como un laboratorio para experimentar con nuestra propia identidad, dando lugar a la creación de una identidad tan fluida y múltiple que pone en tensión los propios límites de esta noción. Entonces, para este “universo”, los cibernautas, la identidad sería el equilibrio entre dos cualidades: la de la persona y la de su personaje.

Es válido recordar aquí lo que Erickson (1959) planteaba, ya que sigue siendo un referente en este tema, cuando decía que en la formación de la identidad debemos tener en cuenta al conjunto de procesos biológicos, psicológicos y sociales. Y, si bien habló de identidad individual, destacó el papel que el medio social juega en su constitución.

Tugendhaft (1996), a su vez, habló de identidad cualitativa al destacar el carácter subjetivo de las cualidades que constituyen la identidad. La identidad cualitativa responde a la pregunta acerca de lo que a cada uno le gustaría ser. La relación de uno consigo mismo es un proceso inter-subjetivo que supone a uno en relación con otro.

En relación a este concepto, González Rey (2002) expresa que la identidad se concibe como un sistema de sentidos que se articula a partir de las configuraciones subjetivas constituidas en la historia del sujeto concreto y las condiciones concretas dentro de las cuales actúa en ese momento. Por lo tanto, cuando la situación exige la necesidad del sujeto de reconocerse a sí mismo se ponen en juego esas configuraciones, que pueden requerir ser redefinidas.

La identidad entonces sería, como subraya Larrain (2001), una construcción cultural y está constituida de tres elementos:

- 1.-El sujeto, que se define a sí mismo o se identifica con ciertas cualidades en términos de ciertas categorías sociales compartidas.
- 2.-El cuerpo, que es la suma total de todo lo que el sujeto puede llamar ‘suyo’ y que soporta sus propias proyecciones: sus cosas, sus amigos, su familia.
- 3.-Los otros, cuyas opiniones acerca de nosotros son importantes y frente a los cuales nos diferenciamos.

Por lo tanto, en este nuevo mundo, que nos ha traído la revolución tecnológica podemos construir nuestra identidad concibiendo a esos tres elementos de la siguiente manera:

-El sujeto, que puede elegir las categorías sociales compartidas con las que desea definirse a sí mismo.

-El cuerpo, que no aparece en su real dimensión, en la medida que decido y puedo no hacerlo visible.

-Y los otros, que construirán las opiniones acerca de nosotros a partir de los datos que

nosotros mismos queramos o no compartir.

En esta línea y tratando de articular la teoría con la práctica, el ejemplo de los llamados telecapacitados puede ser muy esclarecedor. Esta nueva denominación surgió de la investigación denominada Teletrabajo para la inclusión laboral de personas con discapacidad, financiada por el Parlamento canadiense.

Con el objetivo de tratar de desenmascarar una realidad invisible y oculta de la sociedad que hace a la exclusión y la discriminación de este colectivo, busca investigar en relación a las nuevas tecnologías que dan lugar a la aparición del trabajo a distancia, y que son las que están brindando oportunidades laborales poco exploradas a personas con discapacidad.

Estas nuevas tecnologías son las responsables de haber cambiado el escenario de trabajo tradicional a nivel global, eliminando factores de exclusión para el caso de las personas discapacitadas, como barreras urbanísticas, arquitectónicas, de transporte, que dejan de ser relevantes al momento de la contratación.

Como una manera de lograr desplazar el término discapacitados, que tiene en sí mismo una connotación de discriminación, se acuñó el de “telecapacitados”. Se cambió el prefijo “dis” por “tele”, dándole así una connotación positiva. Este término busca referirse al potencial inclusivo del trabajo.

Esta nueva categoría laboral tiene como una característica prevalente, la deslocalización, que significa que cualquier lugar puede ser una oficina con sólo disponer de una PC, conexión a Internet, y los conocimientos necesarios.

Lo que era la fábrica en la era de la revolución industrial ha pasado a ser Internet en la era de la información. Por lo tanto, el teletrabajo es la forma de trabajar en esta gran fábrica global que es Internet. Posibilita la inclusión socio-laboral de los trabajadores con discapacidad, y puede ayudar a contrarrestar las dificultades de accesibilidad, traslado y discriminación que sufre este colectivo.

Si la identidad posee entre sus elementos constitutivos el cuerpo y la mirada del otro, si el mundo virtual es un mundo nuevo donde se monta la cultura de la simulación, es altamente posible que la opción del teletrabajo no sólo sea una posibilidad de inclusión laboral. Permite vencer las barreras físicas a las que se enfrentan los discapacitados y les permitiría también poder vencer la barrera que la dificultad física genera en la autoestima de quienes padecen estas dificultades.

El sujeto puede, como decíamos antes, representar el propio cuerpo a través de la propia descripción textual. En ese caso, puede construir una nueva identidad donde el yo logre ser lo que querría ser desde lo físico y ser aceptado por el otro –o, más bien, sentirse aceptado por el otro –, sin temor a correr el riesgo que la dificultad pueda llegar a ser un factor que implique un obstáculo en el logro de la relación.

Desde este abordaje, la tecnología viene a generar inclusión. Pero, paradójicamente, está generando exclusión, en tanto y en cuanto sujetos con sus capacidades físicas intactas, que no pueden acceder a estudiar cómo se usa la tecnología, son ya discapacitados funcionales; y aquellos que no pueden ni siquiera terminar sus estudios básicos y quedan fuera del sistema, pasarían a ser discapacitados socio-laborales.

A esto es necesario agregar que, gran parte de la responsabilidad de los altos niveles de desocupación, no tiene sólo su origen en que las mujeres hayan accedido de manera masiva al mercado laboral. También se agrega el hecho de que la tecnología ha reemplazado de manera exitosa al hombre en aquellos trabajos repetitivos y rutinarios, responsables de la alienación de nuestros antepasados.

Si bien Manuel Castells (1997) plantea que las nuevas tecnologías ni crean ni destruyen empleo, lo transforman, dependiendo en la forma que se usan, lo cierto es que quien no tiene acceso a ellas, queda afuera del sistema laboral.

La dinámica del mundo en que estamos insertos nos lleva a asistir a estas situaciones tan contradictorias donde se nos plantea una real subversión de los parámetros culturales tradicionales: excluidos que se incluyen, incluidos que pasan a quedar fuera del sistema.